

# Jacques Ellul como filósofo de la edad de la técnica

## Introducción del traductor

*Por John Wilkinson*

Ernst Jünger escribió una vez que la tecnología es la verdadera metafísica del siglo XX. Las tendencias colectivistas irreversibles de la tecnología, ya sea que se llame a sí misma democrática o autoritaria, ya eran evidentes para él, al final de la Primera Guerra Mundial. Es esta sociedad, en todas sus formas, la que Jacques Ellul, de la Facultad de Derecho de Burdeos, trata de analizar.

El profesor Ellul, a diferencia de la mayoría de los demás líderes supervivientes de la Resistencia francesa, sigue siendo una voz de la conciencia para una Francia que parece sentirse en peligro de ser arrollada literalmente desde todos los puntos de la brújula por los valores materialistas de la sociedad de consumo de la guerra fría. Otros, como Malraux y Sartre, gozan de mayor influencia; pero Malraux está al servicio del Estado del bienestar (aunque con florituras galas) y Sartre se enriquece dispensando moral de absenta en los sótanos de la Orilla Izquierda. “A veces me pregunto”, dice Ellul en una conexión relacionada, “sobre el valor revolucionario de los actos acompañados de un tintineo tan alegre de la caja registradora”.

La principal obra de Ellul, este libro, apareció con el título *La Technique* y el subtítulo *L'enjeu du siècle*. El subtítulo, que significa literalmente “la apuesta del siglo”, es una frase característicamente oscura y difícil de Ellul, que tal vez no se refiera a una especie de “apuesta de Pascal” hecha por el hombre del siglo XX a la tecnología. *La Técnica* del título, sin embargo, se presta más fácilmente a la interpretación, aunque, característicamente, también se utiliza en un sentido que no suele tener. La técnica, descubre el lector más o menos rápidamente, debe distinguirse de las diversas *técnicas* que son sus elementos. Es incluso más que una técnica mecánica generalizada; es, de hecho, nada menos que el conjunto organizado de *todas* las técnicas individuales que se han utilizado para asegurar cualquier fin. La definición de Harold Lasswell es la que más se acerca a la concepción de Ellul: “El conjunto de prácticas mediante las cuales se utilizan los recursos disponibles para conseguir valores”. Esta definición tiene el mérito de subrayar el *alcance* de la técnica; pero el relato posterior de Ellul deja claro que no va lo suficientemente lejos, ya que la técnica se ha vuelto indiferente a todos los fines y valores humanos tradicionales al convertirse en un fin en sí misma. Nuestros antiguos medios se han convertido en un fin, un fin, además, que no tiene nada de humano y al que debemos acomodarnos lo mejor posible. Ya no podemos ni siquiera pretender actuar como si los fines justificaran los medios, lo que seguiría siendo reconocidamente humano, aunque no especialmente virtuoso. La técnica, como hecho técnico universal y autónomo, se revela como la propia Sociedad Tecnológica en la que el hombre no es más que un único componente estrechamente integrado y articulado. *La edad de la técnica* es una descripción del modo en que una tecnología autónoma está en proceso de apoderarse de los valores tradicionales de todas las sociedades sin excepción, subvirtiendo y suprimiendo estos

valores para producir finalmente una cultura mundial monolítica en la que toda diferencia y variedad no tecnológica es mera apariencia.

El malestar técnico, tan sentido en la Europa no comunista ante la inminente toma de posesión, ha dado lugar en los últimos años a un número asombroso de análisis literarios, filosóficos y sociológicos del fenómeno técnico. Uno de los grandes méritos del libro de Ellul reside en el hecho de que sólo él ha llevado al límite dicho análisis en todas las esferas de la actividad humana y en la totalidad de sus interrelaciones. Cabe añadir que lo que algunos autores consideran que son los deméritos del libro surgen de la misma fuente; sostienen que la sociedad se niega la mayoría de las veces a ser llevada a esa *reductio ad absurdum* que es el punto final inevitable de todo análisis exhaustivo. Los libros de estos autores suelen terminar con una nota de optimismo. Un capítulo final siempre pregunta: “¿Qué hay que hacer?” Desgraciadamente, sus respuestas a la pregunta son, o bien mitos ineficaces que se enfrentan a la realidad con eslóganes, o bien soluciones técnicas demasiado eficaces a problemas técnicos que sólo terminan por someter al hombre aún más a la tecnología. Las primeras se ejemplifican en la mayoría de las religiones, sistemas filosóficos y doctrinas políticas modernas; las segundas, en esquemas de educación masiva o cultivo masivo del ocio” que, en el análisis de Ellul, son en sí mismas estructuras altamente impersonales y tecnificadas que tienen mucho más en común con la cadena de montaje que con lo que la humanidad ha designado tradicionalmente con estos nombres.

El malestar tecnológico parece haber sido mucho menos agudo en Estados Unidos. Individuos como Aldous Huxley, Paul Tillich y Erich Fromm, que han alzado su voz de protesta, son de origen europeo y recibieron su educación en Europa. Los tecnólatras como los profesores B. F. Skinner de Harvard y la mayoría de los demás profesores estadounidenses representan el tipo familiar del intelectual estadounidense atrapado en un vértigo técnico extático y que rara vez va más allá de ciertas meditaciones vagas sobre problemas aislados, áreas como la “explosión demográfica”, si es que considera los verdaderos problemas que plantea la tecnología. Ellul sostiene que los estadounidenses son el pueblo más conformista del mundo, pero para ser justos hay que objetar que, según su propio análisis, los soviéticos parecen merecer mejor este dudoso honor, ya que han convertido incluso la política en una técnica. Los estadounidenses, además de tecnificar el proceso electoral, han dejado al menos la esfera de la política a las operaciones de los chapuceros aficionados y se han reservado así un mínimo de humanidad. Cabe añadir que también Francia se ha introducido en la órbita tecnológica con una rapidez que debió de asombrar a Ellul. Los planes de De Gaulle para su nueva Francia contemplan la tecnificación completa de la sociedad francesa en nueve años, en lugar del cuarto de siglo de gracia que Ellul predice en su libro.

Como el objeto religioso es lo que se adora acríticamente, la tecnología tiende a convertirse cada vez más en el nuevo dios. Esto es cierto para todas las sociedades modernas, pero especialmente para las sociedades comunistas, ya que el marxismo, en el análisis de Ellul, identifica conscientemente la infraestructura material, sobre la que se levanta la superestructura social, con la tecnología.<sup>1</sup> La expresión del malestar tecnológico en la Unión Soviética o en la China Roja, donde la tecnolatría se ha convertido en el nuevo Establishment, sería una blasfemia en el sentido más estricto de la palabra.

---

<sup>1</sup> Ellul demostró una vez más ser muy previsor. Las publicaciones marxistas de los últimos años han llegado a hablar de la “infraestructura técnico-material” en lugar de la “infraestructura material”.

Por su composición y estilo, el libro de Ellul será seguramente un enigma, e incluso un escándalo, para muchos. No es sociología, ni economía política, ni historia, ni ninguna otra disciplina académica, al menos tal y como se suelen entender estos términos. Ni siquiera parecerá filosofía a una generación cuyas preocupaciones filosóficas son casi exclusivamente analíticas. El propio Ellul duda del valor de la denominación de *filósofo*. Pero, si pensamos en las *filosofías dialécticas del conjunto* de pensadores como Platón y Hegel, el libro de Ellul es filosofía. Si un especialista norteamericano, digamos, en economía, con su lógica “terriblemente lineal” y su convicción aparentemente inamovible de que sus sistemas arbitrariamente delimitados pueden y deben ser estudiados aisladamente de todos los demás, abriera el libro de Ellul por las secciones que tratan de asuntos económicos, es concebible que le repugnara lo que encontrara. Pero si este mismo especialista pudiera, de alguna manera u otra, ser persuadido de perseverar en el intento de ver con Ellul la economía a la luz de toda la cultura técnica moderna, es igualmente concebible que ganara importantes conocimientos, no quizás en la fina estructura de los problemas económicos académicos, sino en la región fronteriza donde su tema colinda con otras disciplinas, en esa área donde los descubrimientos básicos en economía (y en todo lo demás) son siempre hechos por amateurs dotados, que *faute de mieux* deben ser llamados filósofos.

El estilo de Ellul, ciertamente difícil, no debe remitirse a esa *style heurté* que afecta a tantos existencialistas franceses de la posguerra. No cabe duda de que un elemento de éste está presente, pero sería mucho más exacto decir que, en una obra esencialmente dramática como debe considerarse el presente libro, las transiciones y los giros del pensamiento deben tener un carácter totalmente diferente de los que se encuentran en los textos académicos ultrarrespetables que han tomado de las matemáticas ciertos modos de presentación lineales y deductivos; modos que, cualquiera que sea su valor pedagógico, sólo sirven, incluso en las matemáticas, para oscurecer el modo en que la verdad llega a ser. El libro de Ellul debe su gran capacidad de persuasión a la presentación dramática de lo que, al fin y al cabo, son hechos bien conocidos.

Este carácter dramático habría sido claramente evidente si el libro hubiera sido escrito como un diálogo. En efecto, un lector podría fácilmente darle esta forma representando para sí mismo a los diversos pensadores que se presentan por su nombre como el *dramatis personae*, y tratando de la misma manera a los innominados “Por un lado” y “Por otro lado”. De este modo, quedan claras las “sucesivas retractaciones” de algunas posiciones y el desarrollo de otras a la luz de un concepto rector del conjunto, y se hace evidente la afinidad esencial del libro con un diálogo platónico como la *República*. (En ningún lugar es más evidente esta retractación sucesiva que en la búsqueda de definiciones del primer capítulo). Más clara aún es la similitud del libro con la *Phanomenologie des Geistes* de Hegel, la última obra de la filosofía occidental con la que, en opinión del traductor, cabe comparar la presente obra. *La edad de la técnica* no es una “fenomenología de la mente” sino una “fenomenología del estado de ánimo técnico”. Al igual que el libro de Hegel, es intensamente histriónico; y al igual que éste, muestra, *sin ofrecer mecanismos causales*, cómo su sujeto en su estadio más bajo (la técnica como técnica de la máquina) se desarrolla dialécticamente a través de los diversos estadios superiores para convertirse por fin en el fenómeno plenamente evolucionado (el fenómeno técnico idéntico a la sociedad técnica). De nuevo, como en el caso de Hegel, lo que el filósofo J. Loewenberg ha llamado la “ironía histriónica” del enunciado debe volver loco al lector de mente literal.

El historiador danés de la filosofía, Harald Hoeffding, dice de la *Fenomenología* de Hegel

El curso del desarrollo descrito en esta obra única es a la vez el del individuo y el de la raza; da al mismo tiempo una psicología y una historia de la cultura, y en la exposición las dos están tan entrelazadas que a menudo es imposible decir cuál de las dos se pretende.

Con la estipulación de que Ellul está tratando de la cultura en el sentido de la edad de la técnica, la penetrante observación de Hoeffding es válida también para el libro de Ellul.

En una obra así es imposible separar el método del contenido. Sin embargo, en otro sentido, y especialmente para un traductor, es imperativo hacerlo. Aunque, después de la época de Descartes, los sabios franceses en general se preocuparon por aclarar los problemas de método, *en el siglo XX* ha sido casi imposible arrancar a los escritores franceses de Sociología y Economía una exposición adecuada de sus procedimientos. Algunos de ellos han sido sin duda demasiado sensibles a la famosa burla de Poincaré sobre las ciencias “con más métodos y menos resultados”. En el caso de Ellul, sin embargo, la reticencia a discutir específicamente la metodología se debe, casi con toda seguridad, a su omnipresente desconfianza hacia cualquier cosa que se parezca a una doctrina fija. Sin embargo, a lo largo del libro hay un gran número de referencias al método, y es posible y necesario reconstruir a partir de ellas un relato satisfactorio de la metodología del autor.

Ellul primero “sitúa” los “hechos” de la experiencia en un contexto general, y luego procede a “enfocarlos”. Esta figura retórica, extraída de la astronomía descriptiva, o al menos apropiada para ella, aparece una y otra vez en relación con cada etapa de complejidad sobrevenida del tema. El resultado final del procedimiento es llevar a un punto focal común rayos procedentes de esferas muy diferentes. El lector debe ser advertido de que sólo es posible aproximarse en inglés a las metáforas mezcladas y a las estudiadas imprecisiones de cada nuevo comienzo del proceso, que se van afinando para dar *en el foco* una terminología precisa. El traductor siempre fue incómodamente consciente de la poca precisión, o del exceso, en la elección de las palabras inglesas. El lector seriamente interesado en estos matices no tiene otro recurso que consultar el original. El traductor no puede hacer mucho más por él que llamar su atención sobre el problema. Cualquiera que esté familiarizado con “momentos dialécticos” similares en las obras de Hegel o de Max Weber entenderá enseguida lo que se quiere decir.

Ellul repite una y otra vez que lo que le preocupa no es hacer juicios de valor, sino informar de las cosas tal y como son. Uno podría estar tentado a sonreír ante tales afirmaciones en vista de la calidad intensamente personal e incluso apasionada de una obra en la que uno nunca ignora por un momento dónde se encuentran las propias simpatías del autor. Sin embargo, parece claro que no ha permitido que sus propios juicios de valor se inmiscuyan de forma ilegítima en cuestiones de hecho. Los “hechos” son muy importantes para Ellul, pero sólo en la medida en que se experimentan en el contexto del conjunto. Los hechos tal y como figuran en los análisis estadísticos no interpretados de un ámbito determinado, o tal y como pueden revelarse en las encuestas de opinión y en los periódicos, son anatema para él; y se permite muchas diatribas contra este tipo de hechos “abstractos” e incorpóreos que son tan queridos por los estadounidenses, al menos tal y como Ellul los imagina. Con esta salvedad, Ellul puede hacerse eco

del dictamen de la *Fenomenología* de Hegel de que el único punto de partida imaginable de la filosofía es la experiencia.

La insistencia en hacer un relato puramente fenomenológico del hecho, sin explicación causal de la interrelación de los hechos subordinados, puede parecer desagradable a algunos lectores. Desde Aristóteles ha sido una concepción común de la ciencia que sólo tenemos conocimiento cuando conocemos el Por qué. Es cierto que siempre que se dispone de un conocimiento causal, éste es realmente valioso. Pero no hay que olvidar que ese conocimiento es cada vez más difícil de conseguir y, de hecho, apenas aparece en la física moderna, por ejemplo, donde hay que contentarse, en su mayor parte, con ecuaciones puramente funcionales (es decir, fenomenológicas), que prescinden de cualquier apelación al mecanismo pero que, sin embargo, son adecuadas para la predicción y la explicación, y que tienen la enorme ventaja adicional de no contener conceptos ocultos no enfrentables por la experiencia. Las cuestiones importantes relativas a la edad de la técnica rara vez recaen para Ellul en cómo o por qué las cosas llegaron a ser así, sino en si su descripción de las mismas es verdadera.

La metodología de Ellul está fundamentalmente dominada por el principio que se ha dado en llamar la ley de Engel, es decir, la ley que afirma el paso de la cantidad a la calidad. Por poner un ejemplo habitual, se supone que la ciudad, tras alcanzar un determinado umbral de población, pasa a un tipo de organización urbana cualitativamente diferente. Desgraciadamente, tanto los relatos populares como los filosóficos habituales de la ley de Engel son incompletos, por no utilizar una palabra peor.

En *primer* lugar, es incorrecto hablar en absoluto de un “umbral” de cantidad que, tras pasado, da lugar a un cambio de cualidad y a un nuevo conjunto de leyes y principios explicativos. En la lógica dialéctica, *todo* cambio de cantidad es simultáneamente un cambio de cualidad; y el discernimiento de un “umbral” de cantidad es en parte un hecho psicológico de la conciencia, y en parte un intento ilícito de tratar de importar de nuevo en una lógica dialéctica algo de la inequívoca de la lógica ordinaria del o. Ahora bien, la explicación de Ellul de la toma de posesión técnica se basa fundamentalmente en el hecho de que el sustrato material (es decir, técnico) de la existencia humana, al que tradicionalmente no se le permitía ser un fin legítimo de la acción humana, se ha vuelto tan “enorme”, tan “inmenso”, que los hombres ya no son capaces de enfrentarse a él como medio, de modo que se ha convertido en un fin en sí mismo, al que los hombres deben adaptarse. Pero, al comprender mejor el carácter ilusorio de la “cantidad umbral”, podemos dejar de lado las objeciones que siempre plantean quienes, con razón pero de forma extraña, insisten en que las sociedades históricas siempre han tenido que luchar con la posibilidad de una toma de posesión material y que, por tanto, el estado actual de las cosas no es algo nuevo. La respuesta, por supuesto, es que la objeción es irrelevante. Ellul no podría querer afirmar que los hombres del pasado no han tenido que enfrentarse a medios materiales que amenazaban con exceder su capacidad de hacer un buen uso de ellos, sino que los hombres del pasado no se enfrentaron a medios técnicos de producción y organización que, en su pura proliferación numérica y velocidad, superaban inevitablemente las capacidades biológicas y espirituales relativamente invariables del hombre para explotarlos como medios para fines humanos.

En *segundo* lugar, la ley de Engel nunca debe entenderse como una transición unidireccional de la cantidad a la calidad. En la lógica dialéctica, la transformación de la calidad en cantidad es un

concomitante necesario de la transformación reversible de la cantidad en calidad. De hecho, *la esencia de la técnica es obligar a lo cualitativo a convertirse en cuantitativo* y, de este modo, forzar a cada etapa de la actividad humana y al hombre mismo a someterse a sus cálculos matemáticos. Ellul da ejemplos de ello a todos los niveles. Así, la técnica obliga a todos los fenómenos sociológicos a someterse al reloj, para Ellul el más característico de todos los instrumentos técnicos modernos. La sustitución del *tempus mortuum* del reloj mecánico por el tiempo biológico y psicológico “natural” del hombre es en sí misma suficiente para suprimir todos los ritmos tradicionales de la vida humana en favor del mecánico. De nuevo, las auténticas comunidades humanas son suprimidas por la edad de la técnica para formar colectividades de “hombres masa” incapaces de obedecer otra ley que la estadística “ley de los grandes números”. Todos los dispositivos técnicos de la educación, la propaganda, la diversión, el deporte y la religión se movilizan para persuadir al ser humano de que se conforme con su condición de “hombre masa” mecánico y descerebrado, y para exterminar despiadadamente al desviado y al idiosincrásico.

La reducción de todo a la cantidad es, en parte, una causa y, en parte, un efecto de la omnipresencia moderna de las máquinas informáticas y las fábricas cibernéticas.

No hay que imaginar, sin embargo, que el campo de concentración universal que Ellul piensa que está naciendo en todas las sociedades técnicas sin excepción será sentido como duro o restrictivo por sus internos. Los campos de concentración de Hitler con botas de clavos eran síntomas de una técnica política deficiente. El habitante del estado tecnológico del futuro tendrá todo lo que su corazón desee, excepto, por supuesto, su libertad. Es cierto que el hombre moderno, obligado por la técnica a convertirse en realidad y sin residuo en el productor-consumidor imaginario de los economistas clásicos, muestra una desconcertante escasa consideración por su libertad perdida; pero, según Ellul, hay signos ominosos de que la espontaneidad humana, que en la sociedad técnica racional y ordenada no tiene otra expresión que la locura, es demasiado capaz de brotes de destructividad suicida irracional.

Las válvulas de escape de la literatura y el arte modernos, que la técnica ha inventado, pueden no resultar adecuadas para la liberación inofensiva de las energías “extáticas” reprimidas del ser humano. La técnica, que en principio sólo puede oponer soluciones técnicas y cuantitativas a los problemas técnicos, debe, en tal caso, buscar otras válvulas de seguridad técnicas. Podría, por ejemplo, convencer a los hombres de que son felices y están contentos por medio de las drogas, aunque estén sufriendo visiblemente la peor clase de privaciones espirituales y materiales. Es obvio que todas esas medidas técnicas últimas deben hacer desaparecer los últimos y escasos motivos “idealistas” de toda la empresa técnica. Ellul no lo dice específicamente, pero parece que debe sostener que la edad de la técnica, como todo lo demás, lleva en sí misma las semillas de su propia destrucción.

No hay que imaginar que la técnica autónoma prevista por Ellul es una especie de “determinismo tecnológico”, por utilizar una frase de Veblen. A veces puede parecerlo, pero sólo porque todas las instituciones humanas, como los movimientos de todos los cuerpos físicos, tienen una cierta permanencia, o *vis inertiae*, que hace muy probable que el futuro próximo de los agregados estadísticos los vea continuar más o menos en la senda del pasado inmediato. Las cosas *podrían* haber sucedido en la edad de la técnica de otra manera que como lo han hecho.

La técnica, para Ellul, es una fuerza “ciega”, pero que desgraciadamente parece ser más perspicaz que las mejores inteligencias humanas discernibles. Hay otras salidas, sostiene Ellul, pero nadie quiere saber nada de ellas.

La insistencia de Ellul en que el fenómeno técnico no es un determinismo no se ve debilitada por la enumeración (en el segundo capítulo) de cinco condiciones que se dicen “necesarias y suficientes” para su estallido en el pasado reciente, ya que las condiciones suficientes para las condiciones (por ejemplo, las causas de la explosión demográfica) no son determinables.

La inercia del fenómeno técnico garantiza no sólo el perfeccionamiento y la producción continuos de artículos relativamente beneficiosos, como los inodoros de cisterna y los medicamentos milagrosos, sino también la aparición de esos efectos secundarios imprevisibles que son siempre el resultado de la intromisión ecológica y que hoy son de tal magnitud y aceleración que apenas pueden conciliarse con las condiciones de equilibrio incluso semiestable de la sociedad. Las explosiones nucleares y las explosiones demográficas capturan la imaginación del público; pero he argumentado que el análisis de Ellul exige que todos los índices de la cultura tecnológica moderna también están explotando, y son potencialmente igual de peligrosos para el bienestar continuado de la sociedad, si por bienestar entendemos el equilibrio social.

La referencia a la *vis inertiae* de la técnica no debe ocultar el hecho de que la técnica se ha convertido en la única actividad plenamente espontánea del mundo moderno. Ellul menciona el arte y la ciencia como otras actividades humanas. Pero el arte, aunque es concreto, es subjetivo; y la ciencia, aunque es objetiva en su descripción de la realidad, es abstracta. Sólo la técnica es a la vez concreta y objetiva, ya que crea la realidad que describe. Ellul debe concluir que, de entre los datos de la ciencia, la técnica legisla los que considera más eficaces y rechaza el resto. Los “constructores de modelos” económicos y sociales, esos asiduos simios tecnocráticos, pueden intentar suavizar la violencia de esta descripción señalando que todas las ciencias “especifican un universo de discurso”. Sin embargo, sigue siendo desgraciadamente cierto que esa “especificación” procede por la vía de la eliminación de lo humano.

Ellul no es un maquinista como los partidarios del débil Ludd que pretenden destrozarse los armazones de las medias. No tiene ningún delirio doctrinal, a fortiori ninguno como los de Rousseau y algunos de sus discípulos, que imaginaban que el hombre sería feliz en un estado de naturaleza.

Teniendo en cuenta que Ellul apostrofa continuamente a la técnica como “antinatural” (excepto cuando la llama “nueva naturaleza”), se podría pensar que es sorprendente que no tenga una concepción fija de la naturaleza o de lo natural. La mejor respuesta parece ser que considera “natural” (en el buen sentido) *cualquier* entorno capaz de satisfacer las necesidades materiales del hombre, si le deja libre para utilizarlo como medio para alcanzar sus fines individuales, generados internamente. La condición necesaria y suficiente para este estado de cosas es que los medios del hombre estén (cualitativa y cuantitativamente) “al nivel” de las capacidades del hombre. En estas circunstancias dudosamente realizables, Ellul aparentemente piensa en las técnicas como otras tantas bendiciones.

Puesto que los hombres no están dispuestos a reconocer su degradación a la condición de alegres robots, y puesto que exigen la justificación de sus actos individuales y colectivos como nunca antes en la historia, es fácil entender por qué los intelectuales modernos (y su casa de fortificación, la universidad) se han convertido en verdaderas máquinas para la invención de nuevos mitos y la propagación de los antiguos. Sería fácil compilar una lista de todas las cosas que Ellul debe considerar “mito”. Esa lista contendría simplemente todas las doctrinas filosóficas, históricas, religiosas y políticas conocidas por el hombre, excepto en la medida en que esas doctrinas tienen componentes tecnológicos. Las democracias occidentales, por ejemplo, persiguen el dinero y los comunistas orientales el poder; por lo demás, comparten una visión idéntica de la vida, y las variantes ideológicas epifenoménicas que acompañan a actos idénticos sólo pueden calificarse de cruel engaño.

Es extremadamente desconcertante contemplar la posibilidad de que las apreciadas instituciones democráticas se hayan convertido en formas vacías que no tienen ninguna conexión visible con los actos de las naciones democráticas, excepto quizás para hacer que estos actos sean técnicamente menos eficientes de lo que habrían sido en otras circunstancias. Pero el hecho de que no tengan ninguna conexión es, paradójicamente, una poderosa razón para su supervivencia. Evidentemente, Ellul contempla un largo futuro en el que las escleróticas ideologías rivales seguirán con sus falsas polémicas.

Ellul, de acuerdo con gran parte de la filosofía griega, parece pensar que la distinción que suele hacerse entre pensamiento y acción es perniciosa. Para él, *dar testimonio del hecho* de la sociedad tecnológica es el más revolucionario de los actos posibles. Su razón personal para hacerlo es que es cristiano, hecho que explica en su libro *La Presence*. Su concepto del deber de un cristiano, que se encuentra de forma única (está “presente”) en el punto de intersección de este mundo material y el mundo eterno por venir, no es urdir ambiguos esquemas éticos o programas de acción social, sino dar testimonio de la verdad de ambos mundos y afirmar así su libertad a través de la naturaleza revolucionaria de su religión.

Es evidente que muchas personas que aceptarían el diagnóstico de Ellul sobre la enfermedad técnica no aceptarían su terapia cristiana. Sin embargo, la cuestión está unida: si la intervención tecnológica masiva es el único medio imaginable para apartar a la tecnología de su carrera precipitada, ¿cómo podemos estar seguros de que esta intervención será algo más que un nuevo esquema técnico que, con toda probabilidad, será catastrófico?

JOHN WILKINSON Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas Santa Bárbara,  
California, enero de 1964